



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA - FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO

**LA PRÁCTICA DEL COLECHO DURANTE LA LATENCIA:
¿Produce efectos psíquicos?**

Estudiante: María Eugenia Gómez
5.274.940-2

Docente asistente: Asist. Mag. Psic. Isabel Rodríguez Fabra
Prof. Adj.: Mag. Psic. Evelina Kahan

Montevideo, Octubre de 2025

Resumen

El presente Trabajo final de grado se enmarca en un abordaje de carácter monográfico con enfoque psicoanalítico, y se plantea como objetivo indagar respecto a la posibilidad de la aparición de efectos psíquicos negativos cuando se presenta la práctica del colecho durante el período de latencia. Se parte desde la hipótesis que sostiene la aparición de angustia e inhibiciones en niños y niñas¹ latentes cuando duermen con ambos padres, o al menos con uno de ellos. Desde este enfoque, se toman los aportes de diferentes autores que señalan el exceso de mociones pulsionales eróticas inconscientes a las que se ve expuesto el niño cuando se presenta dicha práctica. Respecto a las consecuencias que esto podría generar, se plantea la aparición de dificultades en el niño para lograr poner coto al empuje pulsional de las mociones edípicas inconscientes, obstaculizando la óptima instalación de la represión y el desarrollo de operaciones psíquicas más avanzadas pertenecientes al proceso secundario, dentro de las cuales se destaca la sublimación. A su vez, se problematiza acerca de las dificultades presentes en los padres para lograr limitar los empujes de su propia vida pulsional, pudiendo presentar fallas al momento de ejercer las funciones parentales, con los consecuentes efectos en la estructuración psíquica de los hijos que esto conlleva. El narcisismo parental que se juega en el vínculo con el hijo, se destaca como un factor fundante de la estructuración psíquica del mismo, por lo que sus fallas se relacionan con la presencia de sintomatología infantil. Incluir el contexto actual en relación a la práctica del colecho durante la latencia, busca su comprensión a la luz de los cambios socio-culturales contemporáneos, en relación a las formas de vinculación en que las familias configuran hoy sus particularidades de crianza.

Palabras clave: colecho, latencia, efectos psíquicos

¹De ahora en más, se hace referencia a: “el niño”, incluyendo niño y niña indistintamente.

Índice

Resumen	1
Introducción	3
1. Subjetividades contemporáneas	
1.1 Los ideales sociales y las transformaciones en la estructura familiar tradicional moderna	5
1.2 La práctica del colecho en los tiempos que corren: una mirada crítica desde el psicoanálisis	8
2. Los primeros esbozos de la vida anímica del recién nacido.	
2.1 Los estímulos endógenos, aquello que insiste desde “dentro”	12
2.2 La puesta en marcha del aparato psíquico: entre la pulsión, la falta y el deseo	13
2.3 Seducción originaria	17
3. Estructura y dinámica del aparato psíquico	
3.1 Los diferentes sistemas psíquicos y sus funciones	20
3.2 La dinámica del psiquismo comprendida desde sus instancias: relación entre el yo, el ello, el superyó y la ley.	21
3.3 La aparición de la angustia ante el conflicto entre instancias psíquicas	22
4. Latencia y psiquismo infantil	
4.1 La resolución del complejo de Edipo y su importancia en la instalación de la latencia	24
4.2 Cambios en el psiquismo infantil durante la etapa latente	26
4.3 El colecho durante la latencia en la actualidad	26
4.4 El narcisismo parental y su relación con la sintomatología del hijo	31
Reflexiones finales	36
Referencias bibliográficas	39

Introducción

“Toda transformación exige como
condición previa "el fin de un mundo",
el hundimiento de una vieja filosofía de la vida”.
-Carl Gustav Jung. *El hombre y sus símbolos*.

La práctica del colecho, a menudo defendida por discursos de crianza pertenecientes a la actualidad, se ha consolidado como un fenómeno que los psicoanalistas contemporáneos ponen en debate. Se comprende al colecho como “la práctica en la cual los padres comparten con sus hijos una misma superficie para dormir por la noche, ya sea habitual o esporádicamente” (Allende y Bardi, 2017). Este trabajo se propone indagar, desde una perspectiva psicoanalítica, las complejas dinámicas que subyacen a esta práctica durante el período de latencia.

Este es caracterizado como un momento de declinación de las mociones sexuales infantiles, en donde se presenta una discontinuidad en el desarrollo de la sexualidad y sus actividades, teniendo lugar generalmente entre la edad de los cinco o seis años tras la resolución del complejo de edipo. Estas particularidades permiten la desexualización de las relaciones objetales, dando paso en su lugar, a un incremento de la ternura. Al mismo tiempo, comienzan a aparecer sentimientos como el asco, el pudor, la vergüenza, y las aspiraciones morales y estéticas (Laplanche, J., y Pontalis, J.-B., 2004, p. 209). Estos sentimientos ofician como diques organizadores del psiquismo, anteponiéndose a los empujes de la pulsión sexual, favoreciendo la intensificación de la represión y el desarrollo de operaciones psíquicas más avanzadas pertenecientes al proceso secundario, dentro de las cuales se destaca la sublimación.

El abordaje de esta problemática se sustentará en la teoría freudiana, que servirá como base para comprender el funcionamiento del psiquismo desde sus orígenes y a lo largo de su desarrollo. Se integrarán concomitantemente los aportes de autores contemporáneos, lo que permitirá realizar un análisis de la complejidad del psiquismo y las prácticas del colecho, enfatizando en el periodo de latencia. Incluir el contexto actual en relación a esta práctica de crianza, busca su comprensión a la luz de los cambios socio-culturales contemporáneos, en relación a las formas de vinculación en que las familias configuran hoy sus particularidades de crianza.

La elección de la temática planteada, surge como consecuencia de la observación clínica, la cual tuvo lugar en los años 2022 y 2023, durante la realización de la práctica

“Clínica Psicoanalítica Infantil”, llevada a cabo en nuestra casa de estudio. Se trabajó con 2 niños, uno latente y otro más próximo al inicio de la pubertad, etapa donde se reactiva el empuje pulsional.

Cada período tiene diferencias en relación a los tiempos lógicos en la estructuración de su psiquismo, no obstante, pese a las diferentes problemáticas que motivaron la consulta, en ambos casos pudo observarse, además de la angustia como expresión de conflicto, una práctica cotidiana en común: el colecho. La vinculación entre esta práctica y la angustia en el infans, surge de la lectura de aportes psicoanalíticos que hipotetizan una influencia negativa del colecho para el psiquismo del niño y la dinámica pulsional.

Realizar un análisis respecto de las consecuencias que implicaría la práctica del colecho para el latente más próximo a la etapa puberal exceden los objetivos de este trabajo, sin embargo, se presenta como una línea interesante para desarrollar en futuras investigaciones. Dicho esto, se abordará la etapa de latencia en relación a su instalación, en donde debería presentarse la intensificación de la represión con la aparición de los diques psíquicos, y las dificultades que la práctica del colecho podría implicar durante la misma.

Freud (1909/1992) menciona en sus escritos sobre el pequeño Hans, en su obra *Análisis de la fobia de un niño de 5 años*, que “yacer en la cama junto al padre y la madre es para Hans, como para todos los niños, una fuente de mociones eróticas” (p.17). A su vez, postula como en presencia de un exceso de “mociones tiernas”, y una inmanejable intensidad de las mismas, estos afectos se vuelcan consecuentemente en angustia. Es decir, la aparición de la angustia se debe al exceso de tensiones excitatorias, ya sea porque el incipiente psiquismo no las logra metabolizar, o porque aún no cuenta con los recursos psíquicos necesarios para hacerlo.

En función de esto, surgen las siguientes preguntas: ¿qué es aquello que desde la corriente psicoanalítica se comprende como “excesos”?, ¿por qué generarían la aparición de la angustia?, ¿de qué manera podría manifestarse la misma en el niño?, ¿qué efectos podría acarrear para su psiquismo durante el momento de la latencia?

En la misma línea, se problematizará sobre algunas formas de relacionamiento existentes entre padres e hijos, y esencialmente sobre el lugar que ocupan las figuras parentales en la estructuración psíquica del infans, y el peso de sus dinamismos pulsionales, que podrían favorecer la presencia o permanencia de la práctica del colecho.

1. Subjetividades contemporáneas

1.1 Los ideales sociales y las transformaciones en la estructura familiar tradicional

Como es sabido, las formas de vinculación entre seres humanos se encuentran inminentemente atravesadas y constituidas por las características de la época en la cual estas se gestan (Queirolo, 2017).

Tanto el cambio constante como la proliferación de multiplicidad de modelos a seguir, que se encuentran como referentes respecto a las formas de vinculación, caracterizan los tiempos que corren. De esta forma, el sujeto es interpelado constantemente por la vertiginosidad de la continua actualización y modificación de dichos modelos, produciendo el sentimiento de que nuestro tiempo es “tan próximo y actual, y por momentos tan novedoso y ajeno” (Rojas, 2014, p. 183).

Diferentes autores comparten la línea de pensamiento que sostiene la crisis de las diferentes instituciones referentes pertenecientes a la modernidad, al mismo tiempo que abren el debate sobre la posible repercusión negativa que algunas particularidades de la época neoliberal y globalizada actual tienen en relación a las subjetividades. Si bien estos aportes invitan a la reflexión, se debe evitar caer en el pesimismo de pensar los cambios de paradigma a nivel social y cultural como algo negativo per se, sin embargo, en relación a la temática que nos compete, se vuelve necesario pensar en relación a las dificultades que dichos cambios generan en relación a la práctica de las funciones maternas y paternas (Guerra, 2000).

Según Ponce de León, (2017) “lo parental” se juega en las formas en que se realizan los cuidados del infans, por parte de la figura materna y paterna, o de quien ejerce el rol de figura primordial, a través de diferentes funciones, siendo estas últimas propuestas por la cultura y condicionadas tanto por factores biológicos como epocales. Se profundizará a este respecto en los apartados siguientes.

Para Bauman (2000/2003), la época actual se caracteriza por ser una modernidad líquida, en la cual se ha dado una disolución de las fuerzas sociales encargadas de mantener el orden a nivel político y social. Estos “sólidos” ahora en disolución son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos comunitarios, dentro de los cuales se encuentra la familia moderna. Esto produce, “la dificultad para establecer acuerdos, ya que con frecuencia la libertad es sinónimo de un «soy libre» solipsista” (Queirolo, 2017, p. 184). Aunado a esto, algunos autores sostienen que alcanzar el éxito ya no se encuentra estrechamente ligado al reconocimiento e intercambio con los otros, sino que pasa a ser la afirmación personal lo que conlleva el mismo (Viñar, 2013).

Esta libertad se juega en las diferentes formas en que los sujetos configuran sus proyectos personales, en donde el trabajo vincular de estar con otros, que implica el reconocimiento del otro como una pieza importante en el intercambio subjetivo, es desestimada siempre que se interponga de alguna manera ante los intereses individuales (Rojas, 2014). En el panorama social actual, signado por la influencia de la lógica mercantil “los márgenes del desacuerdo y el malentendido –intrínsecos a la conformación del vínculo– han ido tomando otras formas” (Rojas, 2014, p. 185).

En esta línea Queirolo (2017) enfatiza la renuncia pulsional que implica el lidiar con otros semejantes, siendo las funciones de investimento, de sostén, y de corte, el soporte fundamental de la subjetivación (p. 95). Estos cambios de posicionamiento subjetivo ante las adversidades que las dificultades vinculares inevitablemente presentan, invitan a pensar de qué forma incide en la parentalidad y sus formas de tramitación del conflicto en el ámbito familiar.

Emmerich (2016) adhiere a esta perspectiva, mencionando que en la actualidad, los antiguos ideales sociales se encuentran en un proceso de metamorfosis, dentro de los cuales se destaca el desarrollo personal como ideal privilegiado. Aunado a lo anterior, sostiene que se ha producido con gran rapidez un reordenamiento en relación a conceptos clave como la autoridad, los límites, roles y funciones. La autora plantea diferentes preguntas respecto al actual posicionamiento de los padres como figuras de autoridad, y sobre las dificultades que se podrían estar poniendo en juego en relación a las funciones parentales como lo es la puesta de límites, la diferenciación de espacios entre los adultos y los niños, entre otras cuestiones.

En el plano de lo político y lo social, Casas de Pereda (1994) planteaba ya anteriormente, los movimientos del feminismo y el hippismo, que tuvieron su punto de auge durante el siglo pasado, como una forma de revelación ante la figura simbólica del padre autoritario, perteneciente al paradigma patriarcal. Hace alusión al mutuo acuerdo existente entre sociólogos, historiadores y juristas respecto de una presunta declinación social de la paternidad, y plantea la importancia de considerar dicha declinación desde el psicoanálisis para pensar las incidencias que esto podría tener en relación a la función simbólica paterna (Casas de Pereda, 1994, párr. 3). Siguiendo esta línea, sostiene que “tanto el exceso de poder del padre (social o familiar) como su déficit, son vistos como problematización de dicha función” (Casas de Pereda, 1994, párr. 3).

Glocer de Fiorini (2013) psicoanalista argentina reconocida por sus importantes aportes en cuestiones actuales como el género, la sexualidad, y la parentalidad, sostiene la importancia de “distinguir entre el padre real, las funciones simbólicas que eventualmente

un padre puede cumplir y las múltiples facetas del ejercicio de la paternidad, en el amplio campo de la parentalidad” (p. 673).

En esta misma línea, Viñar (2013) considera que, en el transcurrir de las últimas décadas, ha ocurrido un movimiento que va desde “desde el secular exceso de severidad hacia un exceso de indulgencia” (p.147).

Como es sabido, todos los excesos hablan de la presencia de carencias o fallas como contrapartida, el exceso de indulgencia del que habla el autor, abre la interrogante en relación a: ¿qué es lo que se promueve hoy en día desde ese posicionamiento?, ¿de qué forma, y en detrimento de qué podrían jugarse estos cambios en la figura paterna en el plano de las funciones parentales?

Guerra (2000) plantea el hecho de que es la cultura misma la cual en ocasiones fomenta e incluso “presiona” a los padres para vincularse con sus hijos posicionándose desde un lugar en el cual la paternidad y la amistad se fusionan (Dificultades en la función paterna, párr. 55). Este tipo de sugerencias desdibuja las asimetrías necesarias para que la función paterna se habilite de forma coherente. Al mismo tiempo, el “no” a las exigencias del infante plantea controversias desde el punto de vista social, a tal punto que puede despertar en los padres un sin fin de dudas y sentimientos de culpa relacionados a la puesta de límites.

Basado en su experiencia clínica con padres y niños, sostiene que en el discurso parental, aparece de forma recurrente la creencia de que los niños poseen una mayor inteligencia, que se ve potenciada en su desarrollo debido a la cantidad de estímulos a los que se encuentran expuestos. Sin embargo, el tema de los límites también se plantea de forma reiterada, para presentarse como una dificultad en relación a cuándo, cómo y de qué manera realizar la puesta de límites. La preocupación por la agresividad de los hijos también parece ser, según el autor, un tema que despierta gran preocupación e incertidumbre en los padres que acuden a la consulta.

En base a lo anterior, parece ser que desde el ámbito social lo que se habilita es potenciar el vínculo de padres e hijos en relación a fomentar sus capacidades personales y habilidades y, al parecer, se generan asociaciones entre el “no” como límite y las posibles repercusiones negativas en el potencial del niño como consecuencia de las restricciones.

Actualmente, existe una proliferación de modelos diferentes y contradictorios entre sí respecto a la crianza y la parentalidad, en conjunción con la tendencia a la excelencia como valor social, que implica una alta exigencia en todos los ámbitos de la vida, ya sea en el ámbito de lo familiar, lo laboral, lo personal, entre otros (Queirolo, 2017, p. 96). En una

sociedad donde la multiplicidad de actividades y la autoexigencia constante es moneda corriente, el ejercicio de la parentalidad se vuelve una exigencia más (Rojas, 2014).

En una época en la cual las instituciones referentes tradicionales como la escuela, la iglesia, entre otras, se declaran como obsoletas, toman impulso las redes sociales y las vías de comunicación masivas, que mediante la multiplicidad de portavoces que proliferan, exponen y fomentan diferentes posicionamientos en cuanto a la crianza de las infancias. Aparece la incertidumbre como consecuencia de la diversidad de discursos que confluyen entre sí, entre los cuales se presentan similitudes y contradicciones, que dificultan aún más el ejercicio de la parentalidad.

1.2 La práctica del colecho en los tiempos que corren: una mirada crítica desde el psicoanálisis

La práctica del colecho, eje central a debatir en el presente trabajo, es presentada por Freud (1909/1992) desde sus comienzos, en sus escritos sobre el pequeño Hans, como una fuente de mociones eróticas para el niño.

Klein, psicoanalista austro-británica, pionera en la teoría del psicoanálisis infantil y referente de escuela inglesa de psicoanálisis, planteó la importancia de que, desde el momento del nacimiento el bebé no comparta dormitorio con sus padres, y que la madre no muestre excesiva indulgencia frente a las demandas del bebé, porque podrían implicar tomarse “demasiadas libertades” en relación al mismo (Klein, 1936/1990). La restricción firme pero amable de dichas demandas posibilita marcar un límite claro y no participar directamente de la sexualidad del bebé. Dirá que: “el límite del rol materno es aceptar la sexualidad del niño amistosamente. Las necesidades eróticas de la madre en lo que al bebé respecta deben ser controladas, evitando el excitado apasionamiento por las actividades del cuidado del bebé (Klein, 1936/1990, p.11).

Al abordar la práctica del colecho en el contexto socio-cultural actual, Emmerich (2016) lo describe como una práctica en “auge”, que parece adaptarse o ser “funcional” a las formas actuales de vinculación que se promueven desde lo social como ideales a seguir, “ajustándose a la creciente indiferenciación y simetría de roles dentro del hogar” (p. 31).

Desde el paradigma de la “crianza con apego”, denominación que Sears escogió para describir la línea de pensamiento que fundamenta una “buena crianza” basándose en los aportes de Bowlby y su “teoría del apego”, se destaca la cercanía entre padres e hijos con un fuerte vínculo afectivo como posibilitadora de numerosos beneficios en el desarrollo de la personalidad del infans (Emmerich, 2016).

Según Bowlby (1988/2009), la teoría del apego intenta explicar tanto las conductas de apego que se presentan en determinadas circunstancias, como también los vínculos de apego duraderos que tienen los individuos, estos se encuentran reducidos a unas determinadas personas, que son percibidas como las figuras de apego de preferencia, en el caso de los niños, suele ser generalmente la figura materna quien ocupa ese lugar. A su vez, sostiene que el hecho de que la figura de apego se muestre disponible y sensible, le aporta al individuo un fuerte sentimiento de seguridad.

En relación a las conductas de apego, menciona lo siguiente:

La conducta de apego es cualquier forma de conducta que tiene como resultado el logro o la conservación de la proximidad con otro individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentarse al mundo. Esto resulta sumamente obvio cada vez que la persona está asustada, fatigada o enferma, y se siente aliviada con el consuelo y los cuidados (Bowlby, 1988/2009, p. 40).

La conducta de apego puede observarse más claramente en la primera infancia, pero que también se presenta a lo largo de la vida adulta, su función biológica es la de la protección, y se considera parte integral de la vida humana (Bowlby, 1988/2009, p. 40, 41).

Como antitético de la conducta de apego en el niño, plantea la exploración del entorno, el juego, y las diversas actividades con sus compañeros, sosteniendo que cuando un individuo se siente seguro, es esperable que explore lejos de su figura de apego. En palabras de Bowlby (1988/2009): “la base de un hogar seguro sigue siendo indispensable para el óptimo funcionamiento y para la salud mental” (p. 143).

En contrapartida, plantea algunas situaciones familiares patológicas, y menciona el ejemplo “del niño que tiene una relación tan estrecha con su madre que le resulta difícil desarrollar una vida social fuera de la familia, relación descrita en ocasiones como simbiótica” (Bowlby, 1988/2009, p. 45), y continúa explicando que, en la mayoría de los casos, “la causa del problema puede encontrarse en la madre que, habiendo crecido ansiosamente apegada como resultado de una infancia difícil, pretende convertir a su propio hijo en su figura de apego” (p. 45).

La organización Attachment Parenting Internacional (API, s.f.), que se presenta como la organización internacional de la crianza con apego, sugiere una guía de 8 principios con una serie de recomendaciones a tener en cuenta durante las prácticas de crianza respecto a la alimentación, al sueño, y la orientación, en aras de propiciar un cuidado

sensible y receptivo. Dentro de las prácticas del sueño promovidas por esta organización, se encuentran el hacer dormir al bebé sobre el pecho materno y la práctica del colecho, con la finalidad de favorecer la lactancia y mantener un contacto físico cercano, constante y seguro. Estas prácticas, entre otras, plantean su beneficio para amortiguar el “estrés” de la crianza. A su vez, se plantea el colecho como una práctica de crianza importante en relación a la salud de los niños más allá de la infancia. En líneas generales, los principios se presentan como una guía que busca ayudar a los niños a desarrollarse de forma saludable a cualquier edad. Teniendo en cuenta lo mencionado, parece sugerirse que la práctica del colecho, además de favorecer la lactancia en los primeros momentos, podría ser saludable en momentos posteriores del desarrollo del niño.

El reconocimiento que se le está dando al colecho lo posiciona como una práctica aconsejada por las organizaciones internacionales tales como El Fondo de las Naciones Unidas Para la Infancia (UNICEF), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Asociación de Pediatría Española (AEP), al mismo tiempo que varias figuras públicas optan por fomentar variedad de prácticas vinculadas a la crianza con apego (Emmerich, 2016).

En contrapartida, se reconoce “la cama matrimonial como representante a nivel cultural de “un símbolo de encuentro sexual, procreación, diálogos privados, mundo adulto. Ámbito físico que demarca que la asimetría con la infancia está instalada” (Emmerich, 2016, p. 31)

Paradójicamente, el “borramiento” de las diferencias generacionales podría estar, en concomitancia con la variedad de discursos “bien intencionados” que recomiendan dicha práctica, exponiendo a las infancias a un mundo adulto que, como planteaba Freud (1909/1992) desde el plano de lo simbólico y lo físico, genera excitaciones a nivel psíquico y corporal, que podrían exceder a las capacidades con las que cuenta el niño para simbolizar y metabolizar lo que le sucede. A su vez, esta cuestión puede relacionarse con los aportes de Klein (1936/1990) al destacar las dificultades de los propios padres para limitar los empujes de su vida pulsional, predisponiendo al niño al conflicto psíquico y la formación de síntomas.

Sin embargo, se vuelve inevitable que, en conjunto con los cambios epocales, las diferentes instituciones que conforman las sociedades acompañen las transformaciones socio-históricas. Se plantea en este trabajo ampliar la mirada hacia una perspectiva crítica que permita comprender a las familias actuales como pertenecientes a una época en la cual la multiplicidad y la diversidad se vuelven características esenciales, sin desconocer las perspectivas psicoanalíticas contemporáneas, donde el reconocido psicoanalista uruguayo

Viñar dirá: "no se puede (o no se debe) pensar la función paterna fuera del contexto sociopolítico e histórico y cultural en que acontece" (2013, p. 140).

La actualidad se encuentra signada por momentos de crisis, por lo que desde el psicoanálisis se vuelve tarea necesaria el ejercicio de una mirada crítica, que posibilite nuevas aperturas teórico-clínicas para abordar las urgencias que se presentan en los modos actuales de padecimiento psíquico. El paradigma de la complejidad nos convoca a pensar lo incierto, lo novedoso, lo cambiante, lo tejido en conjunto, como propio de las particularidades actuales, colocando en revisión algunos supuestos respecto de lo patológico en los sujetos, para comenzar a comprender algunas características como propias de las subjetividades contemporáneas (Queirolo, 2017, p. 94).

2. Los primeros esbozos de la vida anímica del recién nacido.

2.1 Los estímulos endógenos, aquello que insiste desde “dentro”

En su obra *Proyecto de una psicología para neurólogos*, Freud (1895/1992) postula las primeras teorizaciones respecto a los esbozos del aparato psíquico. En el afán de lograr describir las particularidades del aparato psíquico, plantea la distinción entre los estímulos exógenos que irrumpen en la psiquis, a los cuales denomina como “fuerzas externas”, y estímulos endógenos al psiquismo, de los cuales no se podría “huir” sin más.

En relación a los estímulos externos, sostiene que el quantum energético que desequilibra al organismo, estaría destinado a tender a la descarga a cero, “el principio de inercia proporciona el motivo para el movimiento reflejo” (Freud, 1895/1992, p. 340), el cual permitiría el cese de excitación provocada por el estímulo.

Por otro lado, plantea que el principio de inercia se vuelve ineficaz en relación los estímulos endógenos, ya que el sistema de neuronas recibe estímulos provenientes de lo orgánico, que tiene como resultado la aparición de necesidades biológicas como el hambre, la respiración, y la sexualidad.

Para la descarga de la excitación provocada por dichos estímulos, se requerirá de una nueva exigencia psíquica que busque en el mundo exterior aquello que posibilite el cese de la excitación. Será a partir de este momento cuando las figuras primordiales del recién nacido comenzarán a oficiar como ese otro auxiliador que responde a las demandas del mismo.

Freud (1900/1991) plantea que, cuando la necesidad nutricia irrumpe en el bebé como una fuerza que golpea desde el interior del organismo de forma constante, se vuelve tarea necesaria que las figuras primordiales asistan al mismo, lográndose de esta forma “la experiencia de la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno” (p. 557).

A este acontecimiento se le adjudica como resultado la aparición de determinados registros a nivel psíquico:

Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad (Freud, 1900/1991, p. 557).

De ahora en más, cada vez que sobrevenga nuevamente dicha necesidad, “se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma” (Freud, 1900/1991, p. 557), en pos de repetir la experiencia primera de satisfacción.

Basándose en lo mencionado anteriormente, Freud habla sobre el “deseo”:

Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción (p. 557, 558).

Este atajo al cual hace referencia Freud, es la alucinación, y la plantea como una tendencia del psiquismo hacia el principio de placer, que sería rápidamente dejada de lado tras no devenir la saciedad de la necesidad nutricia. Menciona que “el primer desear pudo haber consistido en investir alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción” (Freud, 1900/1991, p. 588). Será ante el intento frustrado de alcanzar mediante la alucinación la vivencia de la satisfacción primera, que el psiquismo logra, mediante la inhibición de la alucinación, abrirse camino desde la huella mnémica hacia el mundo exterior, lo cual no sería “otra cosa que un rodeo para el cumplimiento de deseo, rodeo que la experiencia ha hecho necesario” (Freud, 1900/1991, p. 558).

Por lo tanto, el deseo se presenta como una fuerza que impulsa al aparato psíquico a la búsqueda de experiencias de satisfacción, evitando es displacer, será el “motor” que pone en marcha el aparato psíquico, y sostiene que “sólo un deseo, y ninguna otra cosa, es capaz de poner en movimiento al aparato, y que el decurso de la excitación dentro de este es regulado automáticamente por las percepciones de placer y de displacer” (Freud, 1900/1991, p. 588).

2.2 La puesta en marcha del aparato psíquico: entre la pulsión, la falta y el deseo

Freud postula en 1905 la obra *Tres ensayos de teoría sexual*, en la cual desarrolla su teoría respecto de la sexualidad infantil y el concepto de pulsión:

Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en

continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. (Freud, 1905/1992, p. 153).

En relación al concepto de pulsión, Viñar (1988) sostiene que lo que hay que destacar es la noción de movimiento y de empuje que nace desde el cuerpo en desequilibrio, y que se dirige hacia un objeto cuya constitución surge en la experiencia misma de satisfacción de la necesidad.

Mediante el alimento proporcionado por el cuidado de las figuras primordiales, la experiencia de nutrición desencadena un plus de excitación que excede el hecho en sí de la satisfacción de la necesidad biológica, lo cual permite que se inscriban en el psiquismo del cachorro humano las primeras huellas mnémicas de placer. Esta primer vivencia de satisfacción apuntalada en la nutrición “no pudo menos que familiarizarlo con ese placer. Diríamos que los labios del niño se comportan como una zona erógena, y la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera” (Freud 1905/1992, p. 164, 165).

Desde la teoría freudiana se comprende por zona erógena a cualquier sector corporal de piel o mucosa que, al entrar en contacto con determinados estímulos, provocan sensaciones placenteras de determinadas características.

En relación a esto, Freud menciona cómo las futuras exteriorizaciones de la sexualidad infantil tendrán su punto de anclaje en estas primeras experiencias de satisfacción nutricias. A este respecto menciona lo siguiente:

En el chupeteo o el mamar con fruición hemos observado ya los tres caracteres esenciales de una exteriorización sexual infantil. Esta nace *apuntalándose* en una de las funciones corporales importantes para la vida, todavía no conoce un objeto sexual, pues es autoerótica, y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una zona erógena (1905/1992, p. 165, 166).

Viñar (1988), hace alusión a la indefensión originaria del recién nacido, en donde estos primeros momentos dan cuenta de un psiquismo inicial en el cual el encuentro con un otro “es un hecho relacional que precede a la interioridad y la constituye antes de que podamos hablar de subjetividad” (p. 152). Puede decirse que, el seno de la madre es vivenciado como una prolongación de sí mismo, momento fundante previo a la diferenciación yo-no yo, en donde esta indiferenciación inicial marca los primeros

encuentros con el objeto.

El autor retoma la idea de Freud al plantear la relación directa entre las futuras exteriorizaciones de la sexualidad infantil y estas primeras experiencias tempranas. De esta forma, Viñar (1988) menciona el hecho de que en la primera experiencia de satisfacción se presenta la combinación del apaciguamiento de la necesidad del cuerpo biológico, y la realización de una satisfacción, relacionada al cuerpo erótico. A este respecto, alude a su “explicación en dos tiempos”:

El primer tiempo —mítico— de encuentro y completud fijará la experiencia de satisfacción —identidad de percepción— que se perderá para siempre. El segundo tiempo está también solicitado por la actualidad del desequilibrio o la carencia pero la reacción del organismo estará determinada ahora por dos polos: uno es la presencia del objeto capaz de proveer la acción específica, otro, es la huella mnémica, la traza, evocación alucinatoria de la primera satisfacción. El segundo encuentro tendrá el carácter de un encuentro frustrado, dice Freud y nos sorprende: nunca la segunda experiencia colmará la expectativa de la primera (Viñar, 1988, p. 4).

De esta forma, la inscripción de la huella mnémica asociada a la primer vivencia de satisfacción y el displacer que se genera ante la frustración de la imposibilidad de ser reproducida de forma idéntica, es aquello que inaugura los primeros remanentes psíquicos, de lo que posteriormente se manifestará como la búsqueda incesante que caracteriza al deseo.

Desde la teoría freudiana, la experiencia de satisfacción primera se encuentra ligada a la inevitable pérdida del objeto, lo cual conduciría a la añoranza del mismo, inscribiendo mediante la falta, la huella mnémica de este.

La pérdida es planteada como un acontecimiento fundamental en relación a la estructuración psíquica, ya que será la pérdida del objeto, la frustración que experimenta el bebé ante la insuficiencia de la alucinación primitiva para alcanzar la satisfacción anhelada, lo que “empuja” al aparato psíquico en busca de una satisfacción que tenga lugar en el mundo exterior. Este pasaje, deviene en “un yo más fuerte capaz de inhibir la “regresión a la alucinación”, puede posponer mediante el “rodeo” del pensamiento e ir a la exploración de los “signos de realidad” que permiten el cumplimiento del deseo.”(Viñar, 1988, p. 8).

En ese primer encuentro suscitado por la urgencia de la necesidad nutricia, se juega un primer momento, un primer encuentro, en el cual se gesta un “primer sujeto” y un “primer objeto” que dialogan en el cruce de lo pulsional y lo relacional (Viñar, 1988).

Estos primeros encuentros, caracterizados por momentos de sincretismo en la díada madre-bebé donde existe indiferenciación entre sujeto y objeto, son fundamentales para la construcción del incipiente psiquismo, ya que el cachorro humano, debido a su indefensión primaria, necesita de la disponibilidad constante de quien lo cuida. Sin embargo, conforme pasa el tiempo, comienza a darse paulatinamente el pasaje desde la indiferenciación inicial hacia el descubrimiento de que ese otro-auxiliador es alguien diferente del sí mismo, que marcan los ritmos tanto del desarrollo neurológico como de la internalización de los momentos de alternancia entre la presencia y la ausencia, comenzando a inscribir la distinción entre yo-no yo. (Viñar, 2013, p. 152).

A este respecto, Winnicott (1963/1981), reconocido pediatra y psicoanalista inglés, sostiene que es esperable que el crecimiento del niño se vea acompañado de la paulatina reasunción por parte de la madre de su propia independencia, lo cual irá permitiendo gradualmente la aparición de fallas en la adaptación sensible que en los primeros momentos caracterizó la “preocupación materna primaria”. La ausencia de estas fallas implica fallas en otro sentido, “debido a su propia inmadurez o a sus propias angustias, falla porque no le da a su infante razones para tener rabia” (1963/1981, p. 113). Este es un aspecto fundamental, ya que la rabia permite ligar los ingredientes innatos de la agresividad con el amor.

Por lo tanto, es necesario que, aunados a los momentos de soporte y sostén, comience a inscribirse la alternancia entre estar y no estar, entre presencia y ausencia, para que entre en juego la función de corte, que permite ponerle coto a la continuidad sin límites, y da lugar a que las primeras vivencias de frustración comiencen a inscribir la falta.

Ahora bien, Freud (1905/1992) advierte cómo en algunos casos, la ternura se encuentra presente de una manera excesiva, a este respecto menciona que:

Sin duda, un exceso de ternura de parte de los padres resultará dañino, pues apresurará su maduración sexual; y también «malcriará» al niño, lo hará incapaz de renunciar temporariamente al amor en su vida posterior, o contentarse con un grado menor de este (p. 204).

Teniendo en cuenta este aspecto, se vuelve tarea necesaria preguntarse si es acertado suponer el colecho como una práctica que implica estos excesos de ternura de los

que habla el autor, con las respectivas consecuencias en el desarrollo que aquí se mencionan.

Freud (1905/1992) planteará que “son casi siempre padres neuropáticos los que se inclinan a brindar una ternura desmedida, y contribuyen en grado notable con sus mimos a despertar la disposición del niño para contraer una neurosis” (p. 204).

Como se mencionó anteriormente, se comprende la frustración que experimenta el recién nacido al no poder recuperar el primer objeto de satisfacción, como el punto de partida que posibilita renunciar al mismo y comenzar a inscribir la falta. Por ende, negarse paulatinamente a algunas demandas del niño, posibilitará concebir las futuras vivencias de frustración como posibilitadoras de la búsqueda de nuevas vías de satisfacción.

Tomando como punto de partida este marco conceptual, se problematizará en el presente trabajo la práctica del colecho durante la latencia, en pos de fundamentar si la misma implica estos “excesos de ternura” a los que se refiere Freud, teniendo en cuenta que los excesos estarán relacionados con las dificultades para lograr acotar la propia pulsión parental y poner límites.

2.3 Seducción originaria

Laplanche (2014), reconocido psicoanalista francés, problematiza la teoría pulsional freudiana al decir que “es inconcebible que la sexualidad emerja biológicamente de la autoconservación” (p. 8). Ampliando la perspectiva freudiana planteará su teorización de la “seducción originaria”. Según el autor:

Si los gestos autoconservativos del adulto producen, en las zonas llamadas erógenas, el movimiento de clivaje y derivación que eventualmente conduce a la actividad autoerótica, es porque esos gestos son portadores de mensajes sexuales inconscientes para el propio adulto, inasimilables para el infante. Pero el vehículo obligado del autoerotismo, lo que lo estimula y lo hace existir, es la intrusión y luego la represión de significantes enigmáticos aportados por el adulto (Laplanche, 2014, p. 8).

Desde esta perspectiva, se plantea la intromisión en el bebé de los mensajes enigmáticos inconscientes del adulto, como condición necesaria para la estructuración

psíquica. Este enfoque invita a pensar en la posibilidad de que no sería el acto de alimentar al recién nacido, de saciar sus necesidades nutricias, lo que posibilitaría per se el apuntalamiento de la pulsión. Para que se dé el plus excitatorio que pone en marcha el aparato psíquico, se vuelve indispensable un otro que transmita simbólicamente aquellos vestigios de sexualidad “reprimida”, que permiten que la experiencia no se reduzca únicamente a lo biológico o autoconservativo.

Bleichmar (2002), exponente psicoanalítica contemporánea, menciona que, si bien la necesidad nutricia puede alcanzar la saciedad y ser descargada a cero, se destaca un excedente que trasciende dicha finalidad, fundando un plus irreducible, que ya no responde a la lógica de la saciedad, sino que se transforma en “aquello que puede ser reprimido, sublimado, vicariado en sus destinos, aquello que se rehusa a la descarga a cero, irrumpe en el viviente alterando para siempre sus modos de funcionamiento” (p. 33).

El adulto, poseedor de sus propia sexualidad infantil reprimida, transmite al recién nacido representaciones inconscientes, y opera “parasitando al cachorro tanto con sus representaciones como con el soporte económico (libidinal) por medio del cual ellas se transmiten; destino auto-traumático de esta seducción-instalación de un externo-interno destinado al apres-coup” (Bleichmar, 2002, p. 54).

Respecto al despertar de las pulsiones sexuales en el bebé, sostiene que la madre posee “las representaciones yoico-narcisistas que le hacen ver a su bebé -del lado del preconsciente- como un todo, como una Gestalt organizada, como un «ser humano»” (Bleichmar, 2002, p. 41, 42). De esta forma, la libido desligada que en un primer momento oficia como agente traumático irrumpiendo en el incipiente psiquismo del bebé, será ligado en simultáneo por vías colaterales, como las caricias, la forma delicada de sostén del cuerpo, el acomodo de las extremidades, entre otras.

Ya Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1992) postula la importancia que tiene el hecho de que la madre tome a su bebé como “objeto sexual de pleno derecho”, ya que contribuye en el despertar pulsional sexual del mismo. Señala la importancia del vínculo entre el niño y la persona que lo cuida, siendo este último quien oficia como fuente de excitaciones y satisfacciones sexuales a partir de las zonas erógenas.

El cuidador “dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho” (Freud, 1905/1992, p. 203). Las formas de cuidado que emergen desde la propia sexualidad de la madre operan desde su inconsciente, encontrando en la ternura y en el amor la justificación necesaria para percibir estas formas como “asexuales”. Asimismo, plantea que en el recién nacido “la pulsión sexual no es despertada sólo por excitación de la

zona genital; lo que llamamos ternura infaliblemente ejercerá su efecto un día también sobre las zonas genitales.” (p. 203, 204).

Las mociones sexuales entran en juego en el vínculo entre las figuras primordiales y el bebé desde los primeros encuentros inaugurales, presentándose como tiempos indispensables para un buen desarrollo del psiquismo, comenzando a esbozarse los remanentes que permitirán en un futuro la conformación de un sujeto íntegro “dotado de una enérgica necesidad sexual” (Freud, S. 1905/1992, p. 204). Sin embargo, se plantea la siguiente interrogante: ¿qué ocurre cuando estas representaciones yoico-narcisistas provenientes de las funciones maternas y paternas no se encuentran lo suficientemente presentes como para propiciar la ligazón de la libido despertada en el bebé?

3. Estructura y dinámica del aparato psíquico

3.1 Los diferentes sistemas psíquicos y sus funciones

En el año 1900 Freud publica su ilustre obra denominada *La interpretación de los sueños*, en donde presenta al aparato psíquico como “un instrumento compuesto a cuyos elementos llamaremos instancias o, en beneficio de la claridad, sistemas” (Freud, 1900/1991, p. 530). A dichos sistemas los denominó inconsciente, preconsciente y consciente, inaugurando de esta forma lo que se conoce como Primera Tópica.

Plantea la represión como el proceso psíquico encargado de la censura de determinados contenidos, actuando como una barrera que filtra el acceso de mociones inconscientes tanto al preconsciente como a la consciencia. Ahora bien, ¿qué condiciones son necesarias para que se permita el acceso a determinados contenidos, y no otros? Sostiene que el preconsciente, sólo es capaz de investir una representación proveniente del inconsciente con la finalidad de que acceda a la consciencia, cuando la inhibición del displacer que podría partir de ella logra consumarse. De lo contrario, “permanecería inasequible también para el segundo sistema; a consecuencia del principio de displacer, se lo abandonaría enseguida” (Freud, 1900/1991, p. 590).

La represión opera a favor de esta predisposición del aparato psíquico de evitar el displacer y tender hacia el placer, y será a consecuencia de esto que el sistema inconsciente “es incapaz de incluir algo desagradable en el interior de la trama de pensamiento. El sistema no puede hacer otra cosa que desear” (Freud, 1900/1991, p. 590).

Ahora bien, Freud postulará como las mociones de deseo provenientes de la sexualidad infantil serán “indestructibles y no inhibibles”, estas pulsarán y, de cumplirse, entrarían en contradicción con las representaciones-meta del proceso secundario.

En dicho proceso, la energía proveniente de las mociones sexuales infantiles requerirá ser desviada de sus metas primarias y redirigida hacia otros fines, esto hace posible que el psiquismo realice ciertos “rodeos” para satisfacer el deseo proveniente de la pulsión, a este mecanismo se le adjudica el término de sublimación.

La importancia de estos postulados esenciales durante la etapa de la latencia, destaca la necesaria imposibilidad de concretar efectivamente las mociones sexuales debido al displacer que le generarían dichas pulsiones incestuosas edípicas, sentando las bases para el surgimiento de fuerzas contrarias o mociones reactivas que buscan la sofocación de este displacer. Los denominados diques psíquicos, que constituyen los

sentimientos de asco, vergüenza, y moral, serían los encargados de cumplir con este cometido estructurante (Freud, 1900/1991, p. 162).

3.2 La dinámica del psiquismo comprendida desde sus instancias: relación entre el yo, el ello, el superyó y la ley.

Posteriormente, en los escritos de la obra *El yo y el ello*, Freud (1923/1992) publica la Segunda Tópica, en donde presenta el desarrollo de las instancias denominadas yo, ello y superyó, en aras de construir un modelo más completo que esclarezca algunas cuestiones respecto al funcionamiento del psiquismo. De esta forma, plantea el pasaje desde el modelo topográfico del inconsciente, preconsciente y consciente, hacia un modelo dinámico que enfatiza en los aspectos de interacción presentes entre las instancias psíquicas y los conflictos entre las mismas, que caracterizan el comportamiento del ser humano.

Por un lado, presenta al yo como una organización psíquica de la cual depende la conciencia, por su acceso a la motilidad y a la descarga pulsional en el mundo exterior. Sería desde el yo que parten las censuras provenientes de la represión, las cuales actúan sobre determinadas mociones pulsionales provenientes del ello. Así, plantea aspectos inconscientes en la organización del yo, “se comporta exactamente como lo reprimido, vale decir, exterioriza efectos intensos sin devenir a su vez consciente” (Freud, 1923/1992, p. 19).

En relación al ello, lo presenta como una instancia psíquica regida por el principio del placer y la evitación del displacer, es la fuente de las pulsiones sexuales inconscientes y busca la satisfacción inmediata de las mismas mediante la descarga directa, cuyos contenidos son inasequibles a la conciencia dadas sus condiciones inaceptables para la misma. De esta forma, Freud expresa que, mientras el yo se encuentra relacionado a la razón y la prudencia, el ello se presenta como su oposición, en el cual predominan “las pasiones” (Freud, 1923/1992, p.27).

Debido al dinamismo entre instancias, señala que el yo, “se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus propósitos propios; se afana por reemplazar el principio de placer, que rige irrestrictamente en el ello, por el principio de realidad” (Freud, 1923/1992, p. 27).

El superyó, sería la instancia que se encuentra relacionada a los ideales y las cuestiones morales, siendo la herencia del complejo de edipo. Con la constitución del

superyó, el yo queda en una posición de intermediario entre las demandas pulsionales del ello, las exigencias morales del superyó y las presiones del mundo exterior. Esta dinámica de conflicto entre las instancias psíquicas es lo que da forma a la estructura psíquica y rige el comportamiento del sujeto, sentando las bases para la comprensión de los conflictos y la sintomatología neurótica.

3.3 La aparición de la angustia ante el conflicto entre instancias psíquicas

En el año 1917, Freud presenta la conferencia número 25 llamada *La angustia*, en donde retoma sus ideas en relación a la aparición de la misma.

Sugiere el “apronte angustioso” que se da en un individuo frente a un peligro inminente proveniente del exterior, en donde el yo percibe un peligro y responde ante este mediante el modo reflejo de huida. En analogía a lo mencionado, plantea la angustia neurótica, en la cual se actúa ante un peligro interno de la misma forma que hacia uno externo. Esta aparecería entonces ante el reclamo libidinal inconsciente, que dada la imposibilidad de huida ante los estímulos internos, se muda en angustia.

La formación de síntoma surge como mecanismo necesario “para sustraerse a un desarrollo de angustia que de lo contrario sería inevitable” (Freud, 1917/1991, p. 368), esto permite la ligazón de la angustia, configurando así la problemática central de las neurosis, en donde “la angustia es el destino más inmediato de la libido afectada por la represión” (p. 373).

Posteriormente, en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/1992), desarrolla la interacción entre estas respuestas del psiquismo en la conformación de las neurosis. En esta obra, Freud plantea la inhibición como una función que parte desde el yo, no necesariamente es patológica ya que estaría relacionada a la capacidad de la instancia yoica para alcanzar mecanismos más complejos en la búsqueda de la satisfacción de las mociones de deseo, como lo son los “rodeos” en base a los cuales se alcanza la desviación de una meta sexual por otra, desarrollando el proceso secundario con su respectivo mecanismo de sublimación. Sin embargo, el síntoma como inicio de un proceso patológico, también puede alcanzar la función yoica de la inhibición, presentándose variaciones patológicas de aplicación de la misma.

De esta forma, Freud (1917/1991) menciona que algunas inhibiciones funcionarían como “una renuncia a cierta función porque a raíz de su ejercicio se desarrollaría angustia”

(p. 84), y sostiene que “la función yoica de un órgano se deteriora cuando aumenta su erogenidad, su significación sexual” (p. 85). Ante estas situaciones, el yo se ve forzado a renunciar a la realización de determinada actividad o función, como consecuencia del conflicto que podría presentarse entre las instancias del yo y el ello si la misma se ejecutase. A este respecto, menciona lo siguiente:

Si el yo es requerido por una tarea psíquica particularmente gravosa, verbigracia un duelo, una enorme sofocación de afectos o la necesidad de sofrenar fantasías sexuales que afloran de continuo, se empobrece tanto en su energía disponible que se ve obligado a limitar su gasto de manera simultánea en muchos sitios (Freud, 1926/1992, p. 85).

Años más tarde, en su conferencia número 32 llamada *Angustia y vida pulsional*, (Freud, 1932/1991) sigue sosteniendo que la aparición de la angustia es, ante todo, el miedo ante la propia libido, en donde la representación es desfigurada por la censura de la represión hasta tornarse irreconocible, y el monto de afecto “es mudado comúnmente en angustia y, por cierto, sin que importe su naturaleza ni que se trate de agresión o de amor” (p. 77).

Sin embargo, postula como descubrimiento el hecho de que “no es la represión la que crea a la angustia, sino que la angustia está primero ahí, ¡es la angustia la que crea a la represión!” (Freud, 1932/1991, p. 79). La angustia aparece como respuesta del yo ante un peligro, siendo esta instancia psíquica la que emite como respuesta la angustia ante dicha situación. De esta forma, plantea la angustia de castración como un momento clave durante el desarrollo del psiquismo del niño, ya que mediante la aparición de la misma por el miedo a las reprimendas que sus intereses eróticos hacia las figuras parentales podría implicar, configura las condiciones necesarias para la aparición de la represión.

Los aportes en relación a la angustia que Freud fue realizando a lo largo de sus escritos permite preguntarse acerca del colecho y las repercusiones negativas en el psiquismo del niño. Si se tiene en cuenta que es durante la latencia que los diques psíquicos (asco, vergüenza, moralidad) toman mayor vigor, en concomitancia con la ya efectuada instalación de la represión, cabe preguntarse si el dormir con sus padres desencadenaría en el niño latente un aumento de libido erótica dirigida hacia los mismos, con las consecuencias que la conflictiva entre la instancia del ello y el superyó podría implicar, en relación a la formación de síntomas y neurosis infantil.

4. Latencia y psiquismo infantil

4.1 La resolución del complejo de edipo y su importancia en la instalación de la latencia

Con el objetivo de desarrollar posteriormente las particularidades que se dan durante la etapa de latencia, se vuelve necesario contemplar las cuestiones que entran en juego durante el tránsito edípico, teniendo en cuenta la constante reedición de mociones pulsionales que se resignificarán por *après-coup*. El devenir psíquico supondrá “organizaciones en torno a pivots estructurales como son la ausencia, la muerte o la castración, que anticipan un periplo de resignificaciones en las cuales la simbolización gana lugar” (Casas de Pereda, 2015, p. 30).

Casas de Pereda (2015) plantea que, si bien la estructura edípica se juega desde el comienzo en el discurso parental, y en las formas tempranas que giran en torno a las prohibiciones, “el modo de relación objetal condiciona la organización del fantasma” (p. 29), por lo cual “se vuelve necesaria una experiencia reiterada de la pérdida para organizar el objeto, cada vez, y por ende, el sujeto” (p. 29). El objeto, perdido para siempre desde los momentos fundantes del psiquismo, necesita perderse una y otra vez de forma reiterada para que “esa simbolización inaugural de la pérdida tenga consistencia y se habilite la complejización de los procesos de simbolización” (Casas de Pereda, 2015, p. 33).

Como se mencionó en el anterior apartado, el superyó se presenta como una instancia psíquica que sienta sus bases en la resolución del complejo de Edipo. Durante esta etapa, Freud (1923/1992) explica que, en el caso del varón, el niño toma por objeto de deseo a la madre y, en contrapartida, se apodera del padre mediante la identificación. En el caso de la niña el desenlace sería el mismo, tomando como objeto de deseo a su padre e identificándose con su madre. Sin embargo, el autor plantea una bisexualidad constitucional, si se toma como ejemplo al niño, puede decirse que, al mismo tiempo que dirige mociones tiernas hacia su madre y sentimientos de hostilidad y ambivalencia hacia su padre, puede demostrar la misma intensidad de mociones tiernas hacia su padre, en concomitancia con sentimientos de rivalidad hacia su madre. De esta forma, tanto la elección de objeto como los procesos de identificación se dan conjuntamente en relación a ambas figuras primordiales.

Como problemática central en la triangulación del complejo de edipo, se presenta el hecho de que los deseos sexuales y mociones pulsionales del niño hacia una de las figuras parentales, se confrontan con la percepción de la otra figura parental como obstáculo para

lograr cumplir dichos deseos. Ante la imposibilidad de lograr concretar los mismos, el niño se topa con múltiples frustraciones y desilusiones, de forma que se ve obligado a renunciar al objeto amado, e internaliza mediante la identificación secundaria, las normas y los valores provenientes de sus padres. Según Freud (1923/1992), la identificación, que permite introyectar rasgos del objeto, funciona como reparación ante la pérdida, de esta forma “se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: «Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...»” (p. 32).

Klein (1937/1990), dirá que “solo si tenemos la capacidad de identificación con el ser amado llegamos a descuidar y hasta cierto punto sacrificar nuestros propios sentimientos y deseos, anteponiendo así temporariamente a los nuestros los intereses y emociones ajenos (p. 315).

Esta dimensión estructurante, impone mediante los límites el coto al principio del placer y va posibilitando primacía del principio de realidad, permitiendo una resignificación de la pérdida, es por amor al otro, y ante el miedo de perder ese amor, que se abre paso a nuevas vías de ligazón de lo pulsional.

Casas de Pereda (2015), jerarquizará el No de la prohibición, como aspecto fundamental en relación a la estructuración psíquica de los hijos, sosteniendo que es siempre, en última instancia, prohibición del incesto. Desde las funciones maternas y paternas se determina aquello que “no se puede” o “no se debe” y de esta forma, “acontece una imaginarización encarnada de un acontecimiento inconsciente capital, como es la represión: trabajo de un No como límite al placer que hace presente la defensa nodal de la neurosis” (Casas de Pereda, 2015, p. 31). El no a las demandas, que pone coto al placer deliberado a sí mismo, permite que las vivencias de frustración sean elaboradas y resignificadas como aceptación de límites, “organiza, en el lenguaje freudiano, los diques que prefiguran una instancia psíquica: el superyó” (Casas de Pereda, 2015, p.31).

De esta forma, el No de la prohibición desencadena el proceso paulatino que propicia el surgimiento del narcisismo secundario y la constitución del superyó, configurando el andamiaje que posibilita un fortalecimiento de la instancia del yo, la cual anteponiéndose ante el ello, prepara al sujeto para la socialización del individuo y las operaciones superiores del psiquismo, en donde la primacía del principio de realidad es indispensable.

4.2 Cambios en el psiquismo infantil durante la etapa latente

Tras el sepultamiento del complejo de edipo, obligado a sucumbir mediante el mecanismo de la represión que acontece como consecuencia de las desilusiones amorosas que se generan en relación a los objetos primordiales (sus padres), surge el periodo de latencia. Podría decirse que, si bien la delimitación de cada etapa en el desarrollo de la vida psíquica no puede plantearse cronológicamente con inicios y finales estáticos, si es cierto que a cada etapa la acompaña una serie de particularidades propias que comienzan a presentarse con mayor intensidad. En el caso de la etapa latente, los denominados diques anímicos cumplen un rol fundamental para el desarrollo del psiquismo.

Freud (1905/1992) menciona en *Tres ensayos de teoría sexual* el hecho de que el neonato trae consigo “gérmenes de mociones sexuales”, los cuales se desarrollan a lo largo de la infancia, pasando por un lapso de sofocación en determinado momento del desarrollo, período denominado por el autor como latencia. El “florecimiento” (Freud, 1905/1992) de la sexualidad infantil podría verse notablemente en las exteriorizaciones actitudinales que tienen lugar durante los tres y cinco años, para luego, mediante el sepultamiento del complejo de edipo, ingresar en el período de latencia, y posteriormente retomar su desarrollo con el devenir de la pubertad.

Los diques anímicos, conforman las construcciones psíquicas esenciales para el desarrollo cultural del individuo, ya que mediante los mismos se logra desviar la fuerza pulsional sexual de su meta, “cuyo aflujo no ha cesado, pues, ni siquiera en este período de latencia, pero cuya energía —en su totalidad o en su mayor parte— es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines” (Freud, 1905/1992, p. 161), en pos de alcanzar otros objetivos diferentes, los cuales se encuentran positivamente valorados a nivel social.

De esta forma, los diques, grandes organizadores del aparato psíquico, operan sofocando aquellas pulsiones sexuales que poseen características del proceso primario, las cuales tuvieron lugar tanto en los orígenes como durante el devenir psíquico. De modo tal, que comienza a presentarse un mayor predominio del proceso secundario, cuya operación psíquica más característica será la sublimación, “y situaríamos su comienzo en el período de latencia sexual de la infancia” (Freud, 1905/1992, p. 161, 162).

4.3 El colecho durante la latencia en la actualidad

A lo largo del presente trabajo, se ha expuesto cómo la mirada crítica que el psicoanálisis plantea respecto de la práctica del colecho, puede abordarse desde una

variedad de lineamientos, que incluyen la capacidad de reconocimiento por parte de los padres de las diferencias generacionales, la importancia de la restricción por parte de estos de ceder ante las demandas del niño, la puesta de límites como instancia necesaria para la estructuración psíquica, y las posibles consecuencias que el conflicto inconsciente (entre instancias psíquicas) puede provocar en el infans. En este apartado, se ahondará en relación a este último aspecto, en aras de comprender qué efectos psíquicos puede implicar en el niño cuando se presenta colecho durante la etapa latente.

Teniendo en cuenta los aportes freudianos que sitúan la resolución del complejo de edipo alrededor de los cinco años de edad, parece pertinente suponer que es esperable la instalación de la latencia durante los primeros años del nivel escolar, en donde se comienzan a plantear dinámicas de trabajo con mayor exigencia atencional y de mayor complejidad, por lo que la instalación de la misma y de sus diques se vuelve fundamental para el aprendizaje.

Klein (1923/1990) menciona que el estado de salud en el sujeto, es alcanzado mediante la aparición de inhibiciones como consecuencia de represiones eficaces. Sin embargo, “si la cantidad de angustia que inviste a las inhibiciones excede a la de las sublimaciones, el resultado es la inhibición neurótica, porque la lucha entre la libido y la represión no se resuelve en el campo de las tendencias del yo” (p. 101) por lo que la sublimación se ve obturada, dando pasaje a la inhibición neurótica donde los procesos para ligar esa angustia se vuelvan al terreno de lo patológico y de la sintomatología.

Freud (1895/1992), con respecto a la función de la atención, menciona que “es innegable que la concentración de la atención en una tarea intelectual, y, en general, el esfuerzo mental, tiene por consecuencia en muchas personas, tanto jóvenes como más maduras, una excitación sexual concomitante” (p. 185). Y agrega que, una vez sabido que “la concentración de la atención es capaz de producir excitación sexual, ello nos induce a suponer que actuando por la misma vía, sólo que en dirección inversa, el estado de excitación sexual influye sobre la disponibilidad de atención orientable.” (p. 187).

A este respecto, se destacan los aportes freudianos citados anteriormente, donde menciona que la necesidad de sofrenar fantasías sexuales que afloran de continuo, empobrece las capacidades del yo, ya que destina gran parte de su energía disponible para lograr mantenerlas reprimidas, limitando la disponibilidad para la realización de otras tareas. En el caso del niño latente, el exceso pulsional que podría implicar el despertar de mociones eróticas como consecuencia de la práctica del colecho, podría desencadenar dificultades en relación a la puesta de atención, poniendo en jaque el buen desempeño escolar.

Teniendo en cuenta el esfuerzo psíquico que la resolución del complejo de edipo requiere, y que la latencia se plantea como una etapa en la cual la renuncia hacia las mociones eróticas hacia los padres cede paso a la represión, el colecho durante este momento del desarrollo podría plantear una conflictiva intrapsíquica en la cual la represión disponga de todos sus esfuerzos para mantener reprimidas las mociones pulsionales inconscientes edípicas. Si la angustia aparece como consecuencia de la libido afectada por la represión, podría pensarse esta práctica cuando menos, en relación a una predisposición hacia la neurosis infantil y sus respectivas formaciones de síntoma. La energía que debería destinarse al aprendizaje, la socialización y el juego queda atrapada en los conflictos sexuales no resueltos, generando un empobrecimiento de las posibilidades yoicas.

Como ya fue planteado en apartados anteriores, a nivel simbólico, la cama matrimonial representa socialmente un lugar asignado a la intimidad y la sexualidad adulta (Emmerich, 2016). El pensar en el colecho como práctica en auge, señala una participación de los hijos en lugares que tradicionalmente han sido restringidos por pertenecer al mundo adulto y su intimidad, excluyendo al infans.

Knobel Freud (2017) plantea lo siguiente:

En la clínica actual con niños descubrimos que la hora de dormir es un permanente juego de intercambio de lugares que no hacen más que confirmar nuestra hipótesis: ¿Cómo dormir/ aplacar/ reprimir las pulsiones edípicas que se despiertan si el niño puede dormir con uno u otro progenitor sin que medie ninguna ley que regule estos lugares? (párr. 11).

El colecho se presenta durante la latencia como una práctica que ubica al niño en una situación en la cual su fantasía de ocupar el lugar simbólico de su padre (en el caso de la niña, sería de su madre), y de rivalizar con su padre, se ve reafirmada, lo que dificulta la renuncia al objeto de amor y la internalización de la prohibición.

Para que las fantasías incestuosas edípicas mencionadas se mantengan al margen establecido por la represión y permitan durante la etapa latente el despliegue de la sublimación, es necesario que no se exponga al niño a situaciones que presenten demasiada excitación, desbordando sus posibilidades simbólicas de tramitarlas.

Knobel Freud (2017) agregará el planteo paradójico que implica la permisibilidad de coleccionar, presentándose por parte de los padres su justificativo en el malestar que le genera al niño la prohibición parental de dormir en la misma cama, sosteniendo que este tipo de

racionalizaciones dan cuenta “de la incapacidad de los padres para poner un límite a sus propias pulsiones parciales y a las de sus hijos” (párr. 12) De esta forma, el malestar de los padres para poner límites a sus propias pulsiones es proyectado en el malestar del niño.

En esta línea, se destacan los aportes de Winnicott (1963/1981) respecto a la capacidad del individuo para estar a solas, ya que “constituye uno de los signos más importantes de madurez dentro del desarrollo emocional” (p.31). Esta capacidad, es consecuencia de diversos tipos de experiencias, dentro de las cuales destaca como fundamental la experiencia infantil del niño de estar solo en presencia de la madre. La capacidad para estar a solas se presenta como la paradoja de estar a solas cuando alguien se encuentra presente. De no darse esta presencia en grado suficiente, dicha capacidad se vería alterada en su desarrollo.

Tomando los aportes de Klein, Winnicott (1963/1981) menciona que “la capacidad para estar solo depende de la existencia de un objeto bueno en la realidad psíquica del individuo” (p.34). Sostiene que una buena maternalización permite desarrollar paulatinamente la creencia de un medio ambiente benigno, mediante la repetición de la satisfacción de los instintos. La relación del individuo con sus objetos y relaciones interiorizadas, le permite al mismo sentirse satisfecho en la ausencia temporal de objetos y estímulos externos. Esto se encuentra estrechamente relacionado con lo mencionado anteriormente respecto a la importancia de que la madre introduzca pequeñas fallas tolerables, que sobre una base relacional segura, permiten que el objeto bueno se internalice plenamente. La agresividad suscitada por las ausencias y frustraciones temporales, son reparadas cuando la figura primordial establece la seguridad afectiva necesaria que caracteriza el medio ambiente benigno.

Estos aportes, invitan a reflexionar respecto a las dificultades que se presentan en el niño latente que no es capaz de separarse de su madre durante las noches, ya que implicaría la presencia de fallas relacionadas a la internalización del objeto bueno. A este respecto, Winnicott (1963/1981) menciona que al utilizar este lenguaje y mencionar estos tiempos lógicos respecto al desarrollo del psiquismo, “uno se encuentra hablando de una fase del desarrollo individual que es anterior a aquella en la que rige el complejo de Edipo de la teoría clásica” (p.35).

Otros argumentos respecto a la permisibilidad de cochar son planteados por Emmerich (2016): la priorización de la comodidad ante determinadas situaciones, la proyección de fantasmáticas propias de los padres relacionadas a determinados miedos, la identificación con el hijo, la posición del hijo en un lugar determinado por la dinámica de pareja (evitar relaciones sexuales, por ejemplo), o incluso la sustitución del lugar de un otro

adulto por parte del niño (suplir alguna ausencia, cumplir el rol de acompañante), son algunas de las cuestiones que se presentan cuando los padres buscan justificar sus dificultades en cuanto a la puesta de límites respecto al colecho (p. 32). En algunas ocasiones se presentan sin pretexto alguno, como simples declaraciones de disfrute y júbilo en relación a compartir la cama junto a sus hijos, desconociendo el lugar que representa de intimidad y sexualidad adulta.

Las justificaciones y las fantasías inconscientes de los padres sobre el colecho, lejos de ser meros pretextos, se inscriben en una dinámica familiar que impacta la estructuración psíquica del niño.

Por otro lado, Knobel Freud (2017) plantea una problemática aún más interesante, cuando cuestiona la vigencia en relación al período de la latencia. Menciona que en la clínica actual, no se percibe en los latentes la disociación necesaria entre los aspectos inconscientes edípicos y un yo fortalecido que mediante los diques psíquicos inhibiera de forma óptima dichos aspectos, probablemente porque la represión no se instaló de forma exitosa.

En este contexto, el colecho podría ser un signo de que la latencia no se estaría instalando de manera adecuada, lo que podría conducir a futuros problemas en las relaciones afectivas y sexuales adultas. Un ambiente familiar con límites poco claros o una intimidad excesiva, como el colecho prolongado, puede obstaculizar la necesaria separación psíquica y la represión de la sexualidad infantil. Las dificultades que surgen desde los padres para ejercer de forma óptima las funciones parentales que ayudan al niño a dominar las pulsiones parciales, pueden ser percibidas en las exteriorizaciones clínicas como “síntomas en los niños que giran alrededor de una hiperexcitación sexual” (Knobel Freud, 2017, párr. 2).

A este respecto, Guerra (2000) habla de la “violencia” del abandono psíquico, para hacer referencia a determinadas situaciones en que el niño se ve desplazado de su “lugar de hijo”, en donde este queda librado a su suerte para lograr dominar sus pulsiones. A su vez, el sometimiento de los padres ante las demandas del hijo, son planteadas desde este autor, como un sometimiento el ideal de yo que es proyectado en el niño.

Esto implica pensar un paso más allá de la formación del síntoma, para empezar a pensar posibles fallas en la organización de la estructuración psíquica, en donde una latencia fallida o con importantes dificultades, predispone al niño a un futuro en el cual no se logre dominar de forma esperable las pulsiones sexuales parciales, incluso puede que

operaciones complejas como lo son la sublimación no logren desarrollarse lo suficiente, con las consecuencias negativas que esto conlleva.

En relación a la práctica del colecho en momentos específicos, surge la pregunta respecto a qué podría motivar la misma cuando no se presenta como una práctica cotidiana, ya que no resulta equivalente considerar el colecho como un hecho puntual, que cuando se instala y se sostiene en el tiempo como modalidad de crianza.

Freud (1917/1992), menciona el hecho de que el duelo trae consigo grandes desviaciones en la conducta, desde esta perspectiva, se vuelve necesario preguntarse respecto a la posibilidad de que en momentos de crisis, la práctica del colecho de forma surja como consecuencia de este tipo de desviaciones.

Klein (1952/2009), menciona que cuando existe una situación de duelo como consecuencia de la muerte de un ser querido, una separación, o una ausencia significativa, se vuelve necesario el establecimiento por parte del individuo del objeto amado y perdido dentro de sí, reinstalando tanto ese objeto amado como todos los anteriores objetos que siente haber perdido. La pérdida real activa los sentimientos de culpa y ansiedades persecutorias propias de la posición depresiva infantil atribuida a los primeros momentos de la estructuración del psiquismo. Klein (1952/2009) señala que la pena “mina el sentimiento de segura posesión de los objetos internos-amados, porque reactiva las ansiedades tempranas por los objetos dañados y destruidos” (p.86).

La activación de dichas ansiedades, que remiten a estadios tempranos del desarrollo del psiquismo, podrían provocar en el niño una inseguridad de gran intensidad, buscando mediante la cercanía con un objeto externo protector reparar la integridad del mundo interno amenazado.

La práctica del colecho en un momento puntual tras la vivencia de una pérdida, puede ser comprendida desde esta perspectiva como una desviación de la conducta. Es esperable que, tras el trabajo de duelo, las huellas mnémicas relacionadas a la pérdida se resignifiquen, y la libido se reorganice en el individuo para que dichas desviaciones no se sostengan en el tiempo. Si la práctica del colecho ante este tipo de situaciones se volviese sostenida, cabe preguntarse respecto a las motivaciones de los padres implicadas en esta decisión, y las dificultades que podría implicar para el niño en la resignificación de la pérdida.

4.4 El narcisismo parental y su relación con la sintomatología del hijo

Se ahondará en los aportes que desde el psicoanálisis presentan al narcisismo parental como una pieza fundamental en el desarrollo del vínculo entre padres e hijos.

Freud (1914/1992) describe el amor parental como el narcisismo redivivo de ellos mismos, que a partir de los remanentes pertenecientes a su propio narcisismo infantil, se actualiza en el presente vínculo con sus hijos. La expresión “His majesty the baby” da cuenta del mecanismo de proyección que parte desde los padres al asignarle al niño toda clase de atributos, en donde este encarna por momentos esas fantasías de completud y omnipotencia, ideales renunciados en su infancia como consecuencia del asedio del principio de realidad.

El narcisismo parental posibilitará la libidinización del vínculo con el hijo, sin embargo, parece ser necesario que el adulto también introduzca paulatinamente momentos de corte.

Cuando se habla del nombre del padre o del lugar del padre, se hace desde una perspectiva que tienen en cuenta a aquella figura que ejerce esa función de corte, es decir, que limita el deseo infantil del niño de poder alcanzar una supuesta completud imposible (Guerra, V. 2000).

La función paterna, concepto proveniente del psicoanálisis, oficia como ordenadora, y cumple con la tarea de introducir a nivel simbólico la diferencia de los sexos, lo cual denota la presencia de la castración simbólica a nivel inconsciente. Cabe destacar que, si bien se denomina función paterna, la misma puede ser ejercida por cualquier figura primordial que se encuentre a cargo de un infante, ya que la posibilidad de ejercerla denota la internalización psíquica de esta, un ejemplo de ello es la capacidad en la madre de reconocer la castración en sí misma, por lo cual se encuentra apta para habilitar el nombre del padre (Casas de Pereda, M. 1994).

García (2018), psicoanalista contemporánea uruguaya, habla de la falta en términos de desamparo estructural, violencia primaria indispensable ejercida por quien cumple las funciones de sostén para con el recién nacido. En palabras de la autora:

Todos sabemos que el desamparo estructurante es el que obliga a constituirnos como sujetos. Presencia y ausencia, pares inseparables para que el infans pueda sustituir lo que le falta, siempre con precariedad, siempre tolerando el límite, siempre teniendo que renunciar a la omnipotencia, haciendo el duelo por lo perdido para siempre, pero buscando nuevas formas de transcripción (p. 25).

Ponce de León (2017), destaca el hecho de que la función materna ha sido tradicionalmente caracterizada desde lo teórico, como aquella que posibilita los momentos

de sostén, de narcisización y semantización primaria, mientras que la función paterna se ha caracterizado por ser la que posibilita los momentos de corte, separación, e introducción del mundo simbólico en el mundo del infans (p. 73). Sin embargo, propone utilizar el término funciones parentales, con la finalidad de articular tanto la función materna como paterna, destacando al ejercicio de las mismas desde un enfoque que busca evitar las atribuciones de una y otra en relación a cuestiones de género.

En esta misma línea, sugiere el uso de la terminología función paterna como estrechamente ligada a lo patriarcal, Glozer de Fiorini (2013) plantea sustituir esta por la expresión función simbólica o tercera, que hace énfasis en la inscripción de la alteridad y las diferencias en quienes ejercen la función separadora, independientemente del género.

Ahora bien, como se mencionó anteriormente, podría pensarse que en los casos en los cuales la puesta de límites presenta dificultades, estas provienen desde los propios padres para limitar sus pulsiones parciales, develando algunas fallas que la función interdictora habría tenido en los momentos de su narcisismo infantil.

En relación a esto, Guerra (2000) plantea la relación entre las vicisitudes del narcisismo parental al respecto de las imágenes propias del adulto en cuanto a sí mismo como padre, las imágenes que este tiene del niño, y los efectos que conlleva en la constitución de la sintomatología de su hijo. Menciona la importancia de trabajar estas imágenes, y dentro de las posibles líneas que abarca dicho trabajo se encuentran las representaciones que son transmitidas desde el imaginario-social en relación a los modelos de parentalidad, que se articulan de diferentes formas con los ideales del yo de los sujetos.

Al respecto de los ideales sociales actuales, el autor identifica los cimientos de los mismos conformados por la búsqueda del placer, y en la no postergación de la satisfacción del mismo. Añade que, esto es esperable durante la estructuración del narcisismo infantil que tiene lugar en los momentos fundantes iniciales, que remiten a edades muy tempranas, sin embargo, al día de hoy estos ideales conforman aspiraciones culturales que pretenden extenderse más allá, presentándose como un valor a cultivar a lo largo de la vida. (Guerra, 2000, Conformación de la subjetividad, párr. 37)

En esta línea, plantea el hecho de que la renovación permanente deja obsoletos en poco tiempo algunos modelos en los cuales los padres se afirman, generando heridas narcisistas, ya que expone a los mismos a una constante rememoración de los límites propios, sacudiendo el narcisismo parental al punto de que la tramitación simbólica se obtura y la vía de expresión de esto se ve reflejada en el vínculo con los hijos (Guerra, 2000, Conformación de la subjetividad, párr. 46).

Aulagnier (2007) aporta y adhiere a esta línea de pensamiento, sosteniendo que, incluso antes del nacimiento, el niño se encuentra ya inscrito en un discurso preexistente, conformado por las representaciones y significaciones parentales. Dicho discurso, que la autora conceptualiza como una “sombra hablada”, es proyectado por la madre sobre el cuerpo del infans desde su nacimiento, ocupando el lugar del sujeto al que se dirige el discurso.

Si bien se habla específicamente de la madre, debe tenerse en cuenta que cualquier adulto que realiza los cuidados primordiales, también lo estará haciendo desde el propio discurso proyectado, es decir, desde las propias motivaciones inconscientes.

Sobre esto, Aulagnier (2007) sostiene que “el contrato narcisista se instaura gracias a la precatización por parte del conjunto del infans como voz futura que ocupará el lugar que se le designa: por anticipación provee a este último del rol de sujeto del grupo que proyecta sobre él” (p. 163, 164).

Por lo tanto, en los primeros momentos, incluso antes del nacimiento del cachorro humano, este ya es alojado a nivel simbólico por sus figuras primordiales, discurso preexistente que contiene tanto aspectos conscientes como inconscientes. La autora también destaca el hecho de que la relación que mantengan los padres con el hijo, lleva la huella de la relación de estos con el medio social, por lo que no se puede comprender el discurso proyectado sin tener en cuenta las particularidades socio-culturales en articulación con la singularidad de cada familia.

En relación al discurso de la sombra hablada, menciona que será este el que permita a la madre ignorar el significado sexual que se encuentra inherentemente ligado a los cuidados primordiales. Sin embargo, plantea que “desgraciadamente, ello no impide la presencia de fallas: la caricia se da por añadidura, el sexo puede ser tocado con placer, el beso perderse en la boca” (Aulagnier, 2007, p. 121).

En la misma línea, García (2018) destaca que es una erogeneidad necesaria el hecho de la implantación de la sexualidad por parte del adulto en el bebé, esto siempre y cuando “incluya el reconocimiento de que es un otro” (p. 29).

Estas fallas mencionadas, podrían extenderse en las etapas posteriores de desarrollo, en donde el placer de cochar denota las dificultades que desde los padres surgen para reconocer las diferencias generacionales, la delimitación de lugares claros, y la incapacidad para comprender la necesidad de una paulatina autonomía del niño en base a sus tiempos de desarrollo.

Las diferentes formas de vinculación entre los sujetos, tienen su origen en los momentos primitivos del psiquismo, y solamente tras la interiorización de la ley se logra el desarrollo de operaciones psíquicas que posibilitan el surgimiento de aptitudes que organizan estas formas, permitiendo un despliegue hacia el interés por otras formas vinculares valoradas socialmente, favoreciendo la exogamia y la intersubjetividad.

La posibilidad de la salida de la dualidad hacia la terceridad, momento indispensable en la estructuración del psiquismo que tiene lugar durante el pasaje por el complejo de edipo, da paso tanto a la autonomía como a la intersubjetividad, y es posibilitada justamente por el reconocimiento de la otredad, y lo otro, aquello que es diferente, se posiciona muchas veces como limitante ante el deseo propio. Sin embargo, este límite es necesario para que exista justamente el deseo como tal, en el interjuego entre lo propio y lo ajeno, se juega la presencia o la ausencia de deseo.

En relación a esto, Ponce de León (2017), menciona la importancia del tercero y del tercer lugar, ya que permite resignificar las diferencias vivenciadas con el objeto primario, y lo refiere “como una configuración independiente del sexo o del género del objeto, considerando que el reconocimiento de la otredad es condición para ocupar los lugares relativos y diferenciados del deseo edípico” (p. 77). Esto se encuentra estrechamente ligado a la necesidad de otredad como ordenadora en cuanto a lo que “no se puede”, en donde el reconocimiento de las diferencias generacionales presentes en la familia permite, mediante la renuncia a una supuesta “completud” propia del narcisismo infantil, dar paso a la apertura de lo cultural.

Según Guerra (2000), la actualidad presenta algunas tendencias socio-culturales que parecen fomentar cuestiones como: promover el vínculo de amistad entre padres e hijos (borramiento de las diferencias generacionales), la toma de un rol activo por parte del niño en cuanto a la dirigencia de su desarrollo, el constante cuestionamiento por parte de los padres sobre las acciones que podrían catalogarse como autoritarias en pos de alejarse lo máximo posible de esta imagen, y sobreestimar el deseo del niño por sobre el deseo de los padres con la finalidad de evitar sufrimientos innecesarios.

Desde el psicoanálisis, estas tendencias se perciben como posibles generadores de conflictivas que toman formas de expresión en el vínculo entre padres e hijos, ya que lo que está en juego son nada más y nada menos que la presencia de la función simbólica, en donde el registro de las diferencias se anuda al mismo tiempo con el No como límite al placer, y son las fallas en este ámbito “lo que constituye la base de numerosos efectos patológicos” (Casas de Pereda, 2015, p. 31).

Reflexiones finales

Teniendo en cuenta los aportes de autores que debaten en relación a los cambios en los paradigmas sociales, la pregunta respecto del alcance de los mismos en relación a cambios en las estructuras familiares parece ser un tema que desde el psicoanálisis es puesto en debate.

En una sociedad en la cual la sobre-información genera más incertidumbre que guías, la construcción de perspectivas que permitan resignificar la actualidad sin caer en una melancolía pesimista por los tiempos anteriores o en una desesperanza sobre un futuro en donde no se encuentran respuestas, se vuelve una urgencia clínica y social.

Pareciera ser que, en el nombre del amor, se fomentan hoy en día comportamientos como el colecho, reivindicando formas de ser y de estar con el otro, que hacen tambalear lo que respecta a las diferencias. Precisamente, los psicoanalistas contemporáneos enfatizan el trabajar las diferencias, como pivot en la trama estructural, en donde la tercerización implica entre tantas cosas fundantes, la introyección de la ley como organizador del psiquismo.

Podría decirse que los ideales provenientes del contexto socio-cultural, van en dirección contraria de la valoración de la intersubjetividad, primando el anhelo por situaciones que tienden hacia el individualismo, donde se privilegia el logro personal. La desestimación de la otredad, por encontrarse ligada a posibles conflictos o interferencias contrapuestas a este fin, podría estar repercutiendo en la forma en la cual los padres perciben los conflictos que se presentan en el ejercicio de su parentalidad. Se abre la interrogante de si la popularidad que presentan las sugerencias que buscan amortiguar el “estrés” de la crianza (API, s.f), no se debe justamente a las dificultades que desde lo social se presentan para lidiar con las frustraciones y discrepancias inherentes a la construcción de vínculos con otros.

La renuncia hacia las metas inmediatas pertenecientes a las pulsiones sexuales primitivas, en pos de desviar su meta hacia otros fines valorados socialmente, se topa con un ideal del yo que, potenciado desde lo socio-cultural hacia la valoración de los placeres inmediatos y a la satisfacción instantánea de los mismos, desestima la adquisición de las operaciones psíquicas más elevadas que desvían la pulsión sexual de su meta hacia metas más complejas.

Si los lugares que cada integrante de la familia ocupa se desdibujan, si el hijo puede ingresar y salir de la cama de los padres sin recibir esclarecimiento de los lugares, podría

estar implícita la indiferenciación entre los lugares que ocupan los adultos y niños. La cama matrimonial es percibida como lugar enigmático, representante del lugar de intimidad de los padres y de exclusión para el niño, lo cual posibilitará las teorías sexuales infantiles. En conjunto con la información que recibe el niño a medida que comienza a preguntarse por su origen, cómo nacen los bebés, y las relaciones entre los adultos, se irán desarrollando las teorías para dar respuesta a lo enigmático, como parte de su devenir psíquico.

La creencia de la ausencia de sexualidad en la infancia, demarca una contradicción entre la percepción de las infancias actuales dotadas de una gran idoneidad e inteligencia (Guerra, 2000), y la subestimación de la capacidad de los niños de observar y comprender aspectos relacionados a la misma.

En relación al discurso parental respecto a las dificultades en el vínculo con sus hijos, puede percibirse sentimientos de impotencia, en relación a la puesta de límites como una situación desbordante. La parentalidad se encuentra tironeada entre extremos, por un lado, entre los vestigios de autoritarismo heredados del siglo pasado, que les llevan a sentir que deben imponer su voluntad de forma estricta. Por otro lado, el temor a la repetición del maltrato, que los hace dudar, ceder o percibir la puesta de un límite como un acto violento.

El sentimiento de impotencia no se presenta únicamente como una frustración consciente, sino que puede vincularse con fantasías y conflictos inconscientes de los propios padres. En el interjuego de estas particularidades, se presenta el narcisismo redivivo parental, manifestando dificultades que surgen desde su propio narcisismo infantil en la dinámica vincular familiar. Por lo tanto, cuando se dan prácticas de crianza que obstaculizan un buen desarrollo psíquico en el niño, se adhiere a los aportes de algunos autores, que plantean explorar las fantasías, los fantasmas de la infancia y las identificaciones, que impiden a los padres asumir una posición de autoridad simbólica y ejercer la función tercera (Glocer, 2013; Emmerich, 2016).

En el presente trabajo, se ha expuesto el acuerdo de diferentes organizaciones internacionales en relación a promover la práctica del colecho. En esta línea, la organización Attachment Parenting Internacional (API, s.f.), sugiere que sus principios de crianza serían beneficiosos para el desarrollo del niño a cualquier edad, dentro de los cuales se encuentra el contacto físico constante, siendo el colecho una de las prácticas sugeridas. Esto se presenta como una paradoja si se tienen en cuenta los aportes psicoanalíticos, en donde se planteó la conflictiva psíquica del niño latente al compartir la cama con sus padres durante el colecho, que será símbolo de la intimidad sexual adulta.

Para el niño implicaría un excesivo esfuerzo psíquico para lograr la represión de las pulsiones edípicas despertadas, lo cual estará en detrimento de sus funciones yoicas.

En base a los aportes de Knobel Freud (2017) la interrogante respecto a los efectos psíquicos del colecho durante la latencia permitió identificar que, más allá de la angustia que predispone al latente a la formación de síntomas e inhibiciones yoicas, se presentan en la actualidad dificultades que tienen que ver con la incapacidad para internalizar en su psiquismo la prohibición y el lugar del No, como consecuencia de las fallas en la función interdictora de los padres. La función de corte, posibilitadora de la inscripción del registro de las diferencias y de la prohibición, es la que habilita la renuncia del objeto y de las mociones pulsionales primarias ligadas a este. La respectiva angustia de castración ante la posibilidad de perder el amor por parte del objeto (padres) y la concomitante aparición de los diques psíquicos, que permiten mediante la instalación del superyó, poner un coto a las pulsiones primitivas, es un momento clave en la estructuración psíquica del sujeto, ya que implica nada más ni nada menos que la operación de la represión.

Los aportes de Guerra (2000) basado en su experiencia clínica en donde las dificultades para la puesta de límites y la agresividad del hijo son preocupaciones recurrentes, sugieren en esta misma línea, una tendencia en cuanto a la sintomatología infantil en donde predomina la incapacidad de inhibición de las pulsiones del proceso primario.

Teniendo en cuenta el movimiento que se ha generado desde los excesos de severidad a los excesos de indulgencia (Viñar, 2013), se vuelve necesaria la reivindicación de la presencia de límites, como un factor fundamental en la estructuración psíquica de los hijos, ya que implica la renuncia pulsional, que permite lidiar con las frustraciones inherentes a la vinculación con otros sujetos (Queirolo, 2017). Como se expuso anteriormente, el reconocimiento de la otredad funciona como factor ordenador, en tanto da cuenta de lo que “no se puede”, permite ir interiorizando la prohibición, y esto, en relación a las diferencias generacionales presentes en la familia, le permite al niño la renuncia al sentimiento omnipotente de “completud” característica del narcisismo infantil.

Desde el rol del psicólogo clínico, se vuelve fundamental ayudar a los padres a entender que la puesta de límites es una función estructurante y necesaria, que no implica necesariamente violencia o autoritarismo. Entre los excesos de autoridad provenientes del siglo pasado, y el exceso de indulgencia que desdibuja los límites entre lo permitido y la transgresión, se le presenta a los profesionales de la clínica psicoanalítica el desafío de

buscar los medios simbólicos que permitan transformar, en cada caso particular, las representaciones extremistas en relación a la puesta de límites.

Se vuelve necesario plantear la importancia de fomentar una crianza en donde el amor, el respeto y el tener en cuenta el deseo del niño no sea contradictorio con el hecho de reconocer la necesidad del mismo de tener espacios íntimos a medida que va creciendo, que permitan generar espacios tanto físicos como psíquicos sobre el reconocimiento de las diferencias, desde el accionar cotidiano del día a día.

Teniendo en cuenta el reordenamiento social que se ha dado paulatinamente respecto a los conceptos de autoridad, límites, roles y funciones (Emmerich, 2016), se alienta a la búsqueda de puntos de congruencia entre los modelos de crianza, en donde se articulen aquellos valores sociales que señalan la importancia de contribuir a la expresión de las potencialidades del hijo con la puesta de límites como un factor fundante y necesario en el desarrollo de las mismas.

Habilitar un espacio de escucha para pensar la delimitación clara de lugares, prohibiciones, y diferencias generacionales, como potenciadores del desarrollo saludable de los hijos, permite orientar a los padres evitando el señalamiento de determinadas prácticas de crianza desde sus fallas, teniendo en cuenta la herida narcisista que de por sí implica acudir a clínica ante sus dificultades para lograr la puesta de límites y el ejercicio de su parentalidad. Desde esta perspectiva, se adhiere al pensamiento de Viñar (2013) en donde plantea que el obrar del psicólogo clínico se posiciona desde el reconocimiento del après coup, en donde no existen predicciones inamovibles sobre los efectos psíquicos de determinadas prácticas, siendo abordadas en las particularidades de cada caso, siempre en el movimiento entre teoría y observación clínica.

De esta forma, posibilitar la apertura hacia el debate sobre la práctica del colecho implica abordarla desde la complejidad de las dinámicas vinculares que la atraviesan considerando las particularidades presentes en las prácticas de crianza de cada familia. Desde este enfoque, resulta relevante reflexionar no solo sobre los efectos psíquicos que la teoría psicoanalítica atribuye a esta práctica, sino también sobre la función que podría desempeñar dentro de la dinámica familiar, dependiendo de si se sostiene de manera habitual o, por el contrario, se presenta puntualmente en momentos de crisis, donde podría intervenir como un recurso de reparación y procesamiento del duelo.

Este contexto socio-cultural que caracteriza a los tiempos que corren, se articula con las particularidades de cada familia y de los sujetos que conforman la misma, una mirada

crítica permite contextualizar la práctica del colecho en la singularidad de cada caso, evitando sesgos que encasillen la práctica bajo juicios de valor como “buena” o “mala”, generando la posibilidad de empezar a crear preguntas que amplíen las líneas teóricas clínicas para abordar las problemáticas actuales. Como es sabido, la realidad de los padeceres psíquicos, escapa la mayoría de las veces a las pretensiones universalizantes de la teoría, sin embargo, esta es indispensable para poder pensar el sufrimiento psíquico desde un posicionamiento ético, en donde teoría y clínica se retroalimentan la una a la otra. La rapidez, y vertiginosidad de los cambios, las novedades actuales en relación al padecer psíquico, demandan hoy en día a los profesionales de la salud mental, como lo son los psicólogos, un compromiso quizás mayor en relación a este.

Los aportes de diferentes autores (Ponce de León, 2017; Glocer de Fiorini, 2013) invitan a pensar el ejercicio de las funciones de sostén y de corte, en el marco de los cambios en las configuraciones familiares pertenecientes al contexto contemporáneo, en donde la estructura de la familia nuclear de la modernidad ha cedido paso a nuevas formas de composición, como las familias monoparentales, homoparentales, entre otras. El abordaje de la función interdictora o de corte desde este enfoque, permite analizar las dificultades parentales relacionadas a la puesta de límites desde una mirada crítica que trasciente cuestiones de sexo y género.

Poner en debate la práctica del colecho durante el período de latencia implica un diálogo constante entre las teorías clásicas, pilar fundamental del quehacer clínico, y los aportes de autores contemporáneos que abordan las dificultades actuales en el ejercicio de la parentalidad. Esta articulación teórica permite trazar un recorrido que va desde la interrogación acerca de los efectos psíquicos del colecho durante la latencia, hacia la búsqueda de posibles líneas de abordaje clínico de las dificultades parentales, en donde lo que está en juego es el ejercicio de la función simbólica y el registro del No como límite al placer.

Referencias bibliográficas

- Allende, L. N., y Bardi, D. C. (2017) El colecho: De los discursos de moda al psicoanálisis. *Anuario de Investigaciones*, 24, 51-62.
- <https://www.redalyc.org/pdf/3691/369155966035.pdf>
- Attachment Parenting International. (s.f.). *Introducción a los ocho principios de las API*
- <https://www.attachmentparenting.org/principles>
- Aulagnier, P. (2007) *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Amorrortu.
- Bauman, Z. (2003) *Modernidad líquida*. (M. Rosenberg & J. Arrambide Squirru, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 2000).
- Bleichmar, S. (2002) *La fundación de lo inconsciente: destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Amorrortu.
- Bowlby, J. (2009). *Una base segura: Aplicaciones clínicas de una teoría del apego* (E. Mateo, Trad.). Paidós. (Trabajo original publicado en 1988).
- Casas de Pereda, M. (1994) Función paterna en la familia en este fin de milenio. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, (79-80), 67-92.
- <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1254>
- Casas de Pereda, M. (2015) Estructuración psíquica. (2015). *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, (120), 24-38.
- <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/264>
- Emmerich, A. (2016). Colecho: padres que duermen con sus hijos: Una lectura

psicoanalítica para una práctica en auge [Ponencia]. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
<https://www.aacademica.org/000-044/182>

Freud, S. (1992). Proyecto de psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 339-389). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).

Freud, S. (1991). La interpretación de los sueños (segunda parte). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol V, pp. 345-6011). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).

Freud, S. (1992) Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol VI, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (1992) Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol X, pp. 1-118). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).

Freud, S. (1992) Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol XIV, pp. 65-98). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).

Freud, S. (1992) Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol XIV, pp. 235-258). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).

Freud, S. (1991) La angustia (conferencia 25) En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. VXi, pp. 357-374). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917)

Freud, S. (1992) El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XIX, pp. 1-66). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

- Freud, S. (1992) Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XX, pp. 71-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926)
- Freud, S. (1991) Angustia y vida pulsional. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. XXII., pp. 75-103). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932).
- García, S. (2018) Desamparo: «Acontecimiento» y repetición. *Après coup* en transferencia. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, (127), 25-36.
<https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201812703.pdf>
- Glocer de Fiorini, L. (2013). Deconstruyendo el concepto de función paterna : un paradigma interpelado. *Revista de Psicoanálisis*, 70 (04), 671-681.
<http://apa.opac.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?e=d-01000-00---off-0revapa--00-1---0-10-0---0---0direct-10-AA--4-----0-1l--11-es-Zz-1---20-about-%22IDENTIFICACION%22--00-3-1-00-7-5-11-1-0utfZz-8-00&a=d&c=revapa&cl=CL1.6.73&d=20137004p0671>
- Guerra, V. Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño. (2000). *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, (91), 138-159.
<https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1270>
- Klein, M. (1990). Análisis infantil. En Friedenthal, H. (Trad.), *Amor, Culpa y Reparación y otros trabajos*. (Vol. I, pp 88-136). Paidós. (Trabajo publicado originalmente en 1923).
- Klein, M. (1990). El destete. En En Friedenthal, H. (Trad.), *Amor, Culpa y Reparación y otros trabajos*. (Vol. I, pp.296-309). Paidós. (Trabajo publicado originalmente en 1936).
- Klein, M. (1990). Amor, Culpa y Reparación. En Friedenthal, H. (Trad.) *Amor, Culpa y Reparación y otros trabajos*. (Vol. I, pp. 310-345). Paidós. (Trabajo publicado

originalmente en 1937).

Klein, M. (2009). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. En V.S de

Campo et al. (Trads.), *Envidia y gratitud y otros trabajos*. (pp. 70-101). Paidós.

(Trabajo originalmente publicado en 1952).

Knobel Freud, J. (2017). Cuando no se instala la latencia: Niños hiperexcitados

sexualmente. *Fort-Da: Revista de Psicoanálisis con niños*, (12)

<https://www.fort-da.org/fort-da12/knobelfreud.htm>

Laplanche, J., y Pontalis, J.-B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. En F. Gimeno

Cervantes (Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1967 como *Vocabulaire de la psychanalyse*).

Laplanche, J. (2014). La pulsión y su objeto-fuente: su destino en la transferencia. *Alter*

Revista de Psicoanálisis, (8), 1-10.

<https://revistaalter.com/revista/la-pulsion-y-su-objeto-fuente-su-destino-en-la-transferencia/2029/>

Rojas, M. C. (2014). Familias y parejas en la diversidad: problemáticas vinculares actuales.

Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (Ed.), *Psicoanálisis de las configuraciones vinculares, tomo XXXVII: "¿Qué hace vínculo hoy?"* (p. 181-198).

<https://www.aappg.org/wp-content/uploads/Revista-Grupo-2014.pdf>

Queirolo, S. (2017) Modalidades vinculares en las familias con niños en la época actual.

Desafíos clínicos. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, (124), 94-103.

<https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201712408.pdf>

Viñar, M. (1988) Hilflosigkeit, alucinar y pensar, alternativas al desamparo; una

lectura de la experiencia de satisfacción. *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, (67),

81-94. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/849/703>

Viñar, M. (2013) Avatares de la estructura familiar en el siglo XXI: la función paterna.

Declinación/transformaciones. *Revista Uruguaya De Psicoanálisis*, (117), 137-160.

<https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/368>

Winnicott, D. W. (1981). El proceso de maduración en el niño (Beltrán, J., Trad.).

Laia. (Obra original publicada en 1963).